
EXPERIENCIA

Ver: *Memoria / Experiencia teologal / Imaginación / Razón / Experiencia de Dios*

«En la percepción la formalidad que llamamos realidad es la que tiene la primera y la última palabra. Ahora bien, el carácter y el momento de realidad no es objeto de experiencia, sino objeto de intelección sentiente. Y siento, efectivamente, la realidad, y esto no es objeto de experiencia. Lo que es objeto de experiencia es la cosa que es real. Esto es diferente.

Pero el momento mismo de realidad en cuanto tal es perfectamente intrínseco e intrínsecamente indefectible a toda experiencia perceptiva de lo real. La realidad es siempre y solo un *de suyo*, que se da primariamente en el sentir, aunque aquello que se me ofrezca como siendo *de suyo* puede resultar problemático. Pero el que sea algo *de suyo* es el dato, el momento primario de la impresión de realidad.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 170-171]

•

«En el concepto aristotélico de *empeiria* hay una disociación que se ha perpetuado a lo largo de la historia de la filosofía: la disociación del concepto de experiencia y el concepto de sensación. *Aristóteles no ha articulado el inteligir y el sentir porque* no ha visto en la *aisthesis* más que su función especificativa (rojo, sonoro, etc.), y *no la impresión de realidad*: que efectivamente son realidades rojas, sonoras, etcétera.

La experiencia quedó así como el conjunto de datos meramente sensibles para lo que sería el problema de la realidad. Con lo cual la realidad quedó irremisiblemente allende la inteligencia. *Y no es así.*

La experiencia es experiencia de la realidad en la impresión de realidad. Precisamente porque es la misma la impresión de verde y la impresión de realidad, se da la unidad intrínseca de la inteligencia sentiente.»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 334-335]

•

«Aristóteles nos dice que el hombre y los animales tienen αἴσθησις (aisthesis), tienen sensaciones, tienen percepciones sensibles, tienen sus sentires. Y dice que algunos animales, la mayoría, tienen memoria. Algunos, como las abejas –no sé de dónde sacó Aristóteles esa observación– dice que no tienen memoria. Con la memoria se van depositando los recuerdos y con todos estos recuerdos referentes al mismo objeto, μᾶλλον ἐμπειρίας δύναμιν ἀποτελοῦσιν [mias emperirias dinamin apotelousin], se constituye la fuerza de una misma experiencia. Es decir, se confecciona el poder, la capacidad o la fuerza de una misma experiencia. La experiencia es hija de la memoria.

Puesto que la memoria es un reconocimiento, podríamos emplear la expresión “familiaridad”. Experiencia es justamente la familiaridad con las cosas que vuelven, las reconocemos, son las mismas y producen una cierta familiaridad. De ahí un primer concepto de experiencia. [...]

La palabra experiencia ha corrido a lo largo de los siglos, y especialmente hasta finales del siglo XVIII, como justamente lo empírico. Aristóteles empleaba en griego la palabra ἐμπειρία [empeiría]. Y se dijo que la experiencia es justamente lo empírico: lo empírico es lo que entra por los sentidos, a diferencia de lo que entra por la razón o por la inteligencia, que sería justamente lo racional o lo intelectivo.

Con lo cual se ha amputado considerablemente el concepto de experiencia que nos dió Aristóteles. Porque para Aristóteles, la experiencia no era únicamente αἴσθησις (aisthesis), sentir, sino que era sentir con familiaridad, es decir, con μνήμη (mnémē 'memoria'), con ἀνάμνησις (anámnesis 'recuerdo'), por lo menos con μνήμη (mnémē 'memoria').

Lo que pasa es que Aristóteles, que distinguió muy adecuadamente entre la retentiva y la reminiscencia, no aplicó esa distinción a su concepto de la experiencia. Y ahí es donde, a mi modo de ver, falló el concepto de Aristóteles. Pero, comoquiera que sea, dio un concepto de la experiencia que es superior al puro sentir. [...]

Por sí mismo, en sí y ante sí, el sentir no es una experiencia. Si no hubiera recurrencias, tendrías todos los sentires, la fluencia sería un perfecto sentir, pero no tendríamos experiencia ninguna. Porque cada punto sería cualitativamente distinto de los demás, y no habría experiencia ninguna.

No es lo mismo, pues, tener un sentir que tener experiencia. Ni tan siquiera es cuestión de μνήμη (mnémē 'memoria'), como diría Aristóteles. No es cuestión de μνήμη (mnémē 'memoria') o de memoria, porque si por memoria se entiende la retentiva, entonces la retentiva es condición de la experiencia, pero no es la experiencia misma.

Pero si por memoria se entiende lo que él dice, la δύναμις [dínamis], la fuerza de una identificación, es decir, de una ἀνάμνησις (anámnesis 'recuerdo'), entonces, al revés, hay que decir que esa ἀνάμνησις (anámnesis

'recuerdo') está fundada en la experiencia y no que la funda. Es una cuestión distinta. [...]

Hemos visto que no hubiese recurrencias en la fluencia, no habría experiencia ninguna. Y que esta recurrencia no plantea un problema de memoria –que es cosa secundaria– sino un problema distinto. En la medida precisamente en que la memoria es, no una mera retentiva, sino una identificación, como la identificación nunca es plenaria, uno se pregunta si aquello que se me presenta como hombre, con unos ciertos caracteres que son reales, efectivamente es un hombre o no lo es. Es justamente el dominio del parecer.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 146-147; 151 y 154]



«A lo largo de la vida, el hombre va organizando el sistema de sus proyectos. El niño no hace casi ninguno; vive casi puntualmente. El joven se encuentra con su vida por delante, pero con poca experiencia. El hombre maduro se le va angostando el mundo en razón de sus posibles movimientos y objetos, y en razón del tiempo.

No solo por el tiempo que le queda, sino por el tiempo de que dispone en cada instante. Mientras el joven parece que siempre tiene tiempo, aunque tenga mucho que hacer, a medida que la vida pasa, el hombre, aunque se dedique a menos cosas, no tiene más tiempo. En la senectud, la experiencia que a cada uno le es dable es máxima, pero con una retracción tal de su mundo que apenas le sirve de nada (1).»

[Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 656-657]

(1) *Nota de Justo Fernández*. Como dijo el cineasta Pier Paolo Pasolini (1922-1975): *Es terrible saber cuando el saber al que sabe ya no le sirve de nada*.



«La probación es justamente eso: probación. La cosa real se ha convertido en objeto real, se ha actualizado en “ob”. Es decir, es algo que está como alzado en el camino hacia el mundo. El método consiste justamente en recorrer ese camino atravesando el “ob”.

Y esto es la probación: atravesar el “ob” para abocar en el mundo mismo, en la realidad mundanal del objeto real. El “ob” es como un puerto que hay que salvar, y que una vez salvado nos sitúa en la vertiente propiamente mundanal. Atravesar se dice en griego *peiráo*, en latín *perior* (que existe solo en compuestos).

De aquí deriva el vocablo mismo "puerto". Este atravesar el puerto, en que la probación consiste, es por eso *ex-perior*, "ex-periencia". Como aquello que se atraviesa es el "ob" de algo campal, es decir el "ob" de algo originariamente sentido, resulta que la probación misma en cuanto tal es radicalmente una *ejercitación discerniente sentiente*. Solo una razón sentiente puede hacer comprobación.

Este momento de experiencia recoge unitariamente los dos momentos: el momento de recaer sobre lo real en profundidad, y el momento de ser algo físico. En su virtud diré que experiencia es *probación física de realidad*. Experiencia no es mero sentir lo real sino sentir lo real hacia lo profundo. Experiencia como probación es la inserción de un esbozo en la realidad profunda.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, p. 227]



«¿Qué es experiencia? Experiencia no significa aquí la *aísthesis*, es decir no es el lado sensible. Tampoco es lo que Aristóteles llamó *empeiría*, el reconocimiento (*mnéme*) de una misma cosa en distintas percepciones, experiencia no es aquí lo empírico. Tampoco significa lo que designamos como *experiencia de la vida*. Experiencia es algo distinto.

Es ante todo una especie de prueba a que se somete algo, una prueba que no es mera comprobación, por ejemplo, conceptiva, sino que es el ejercicio mismo operativo del acto de comprobar: es *probación física*. ¿De qué? De la realidad de algo.

La experiencia se dirige a la realidad para buscar un apoyo en ella, y a su vez esta realidad tiene gran riqueza de notas, las cuales son una talificación del momento de realidad, y por tanto quedan determinadas por este momento como posibilidades de realización. La inserción de estas posibilidades en la realización de mi persona es la probación física de realidad.

El hombre haciendo religadamente su propia persona, está haciendo la comprobación física de lo que es el poder de lo real. Es la probación de la inserción de la ultimidad, de la pisibilitación y de la impelencia en mi propia realidad. Al hacerme realidad personal soy pues una experiencia del poder de lo real, y por tanto de "la" realidad misma.

Esta probación se va ejercitando por todas las rutas individuales, sociales y históricas. Desde este punto de vista, toda diversidad de los individuos en el curso de su vida, sus constitutivos sociales y su despliegue histórico a la altura de los tiempos, son una fabulosa, una gigantesca experiencia del poder de lo real.

Pero en un segundo lugar, la religación al poder de lo real no es solamente experiencial, sino que es una manifestación del poder mismo de lo real. La

religación no es solo experiencial, sino que es también ostensiva, *manifestativa* del poder de lo real. No se trata de una manifestación meramente conceptual.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1984, p. 95-96]



«Se nos dice con Dilthey que la experiencia es lo que se va elaborando a lo largo de la vida. Ahora bien, como la vida está fundada intrínseca y constitutivamente sobre algo previo (no temporalmente sino κατὰ φύσιν, por su propia naturaleza, o κατὰ λόγον, por su propia razón), que es justamente el estar en la realidad, no es la vida entonces lo que nos da la experiencia de la realidad, sino justamente al revés.

Es la experiencia la que, por ser un modo de estar de la realidad, fuerza precisamente a la vida a adoptar determinadas estructuras y, dentro de ellas, a ejercitar lo que legítimamente puede y debe llamarse una experiencia de la vida, por lo menos.

Pero eso en manera alguna significa que la fuente primera de la experiencia sea justamente la vida, sino que es al revés: yo tengo experiencia porque estoy en la realidad. Y en la medida en que estoy fluentemente en la realidad, tengo que vivir de cierta manera y adquirir secundariamente una cierta experiencia de las cosas. Y si entonces se pregunta qué es experiencia, Dilthey enmudece exactamente como la Filosofía anterior. [...]

La experiencia se funda en la inteligencia sentiente en tanto que en ella “estamos en la realidad”, y no simplemente “aprehendemos” la realidad. Por consiguiente, la experiencia se inscribe por entero dentro de la realidad y de nuestro estar en la realidad.

Es absolutamente falso que sea la experiencia la que nos lleva a la realidad; justamente al revés: es la realidad la que hace posible que haya eso que llamamos experiencia.

La experiencia se inscribe por entero dentro de la realidad y concierne a lo que hay en la realidad. No hay por eso nunca experiencia de la formalidad de lo real. Eso no es experiencia: eso es justamente un acto de intelección sentiente, es el sentir intelectual, pero eso todavía no es experiencia. No confundamos experiencia con el sentir, aunque este sentir sea intelectual. Estamos en la realidad, instalados en la realidad, atentos a ella y henchidos de realidad, y precisamente sólo por eso hay lo que tenemos que averiguar: experiencia.

Si no hubiese recurrencias en la fluencia, no habría experiencia alguna. Esta recurrencia no plantea un problema de memoria –que es cosa secundaria– sino un problema distinto. En la medida precisamente en que la memoria es, no una mera retentiva, sino una identificación, como la identificación nunca es plenaria, uno se pregunta si aquello que se me presenta como

hombre, con unos ciertos caracteres que son reales, efectivamente es un hombre o no lo es. Es justamente el dominio del parecer.

En esa recurrencia y en el modo fluyente de estar en la realidad se constituye lo que llamamos el parecer. Y el hombre, inexorablemente, se figura que aquello es o no es, por ejemplo, un hombre. En ese figurarse está justamente el forjarse lo irreal.

Pues bien, figurándonos lo que las cosas son, nos acercamos a ellas; justamente, creyendo o figurándonos que son una cosa o que son otra. Creo –me figuro– que es un hombre, a lo mejor resulta un perro o un arbusto, o resulta algo completamente nuevo, que no sé lo que es; pero nos acercamos a la cosa estando en realidad. Nos acercamos a algunas de las cosas que hay en esa realidad, figurándonos lo que ellas son.

Este modo de acercamiento es un modo de estar en las cosas orientado por la figuración. Y este modo diría que es *probación*. Uno agrega al mero sentir de las cosas la probación de lo que ellas son; no es comprobación, la comprobación es una cosa muy intelectual en el sentido teórico del vocablo. Aquí se trata de algo más elemental, que es justamente probación.

Una probación que dice exactamente lo que en griego dice el verbo πειράω, que es justamente tener experiencia de algo; o el verbo δοκιμάζω, por ejemplo, cuando San Pablo en la Epístola a los Corintios nos dice δοκιμαζέτω ἄνθρωπος ἑαυτόν [1 Cor 11, 28], “pruébese el hombre a sí mismo”, aquí se trata de una probación.

Pues bien, justamente la experiencia es la aprehensión y el estar en las cosas en una probación que consiste precisamente en probar si las cosas son o no como nos las hemos figurado. Experiencia es constitutiva y formalmente probación, probación de si las cosas, efectivamente, son o no son como nos hemos figurado; y no por un razonamiento, sino justamente por un contacto inmediato con ellas.

La experiencia por esto no es mero sentir. Ni que ese sentir sea el sentir puramente sensible de que hablan los empiristas; ni tan siquiera el sentido intelectual de la impresión de realidad. Porque eso sería sentir, pero no sería tener experiencia.

La experiencia consiste en ese contacto con las cosas, en virtud del cual, efectivamente, las probamos a ellas y las probamos, como toda probación, con vistas a algo, que es lo que nos hemos figurado de ellas. Eso es justamente la experiencia.

Sin figuración no habría probación, ni por tanto habría experiencia. La integración de lo irreal, que es una figuración, en lo real, es justamente esto: experiencia.

Esa es la integración funcional de lo real y de lo irreal como un proceso único. Ese proceso es la experiencia, que consiste en la probación de la realidad orientada, justamente, a lo que nos hemos figurado de ella. [...]

Cuando uno forja la idea (en la que lo ideado, en tanto que ideado es perfectamente irreal), la probación no simplemente es de lo que son las cosas, sino de lo que son las ideas mismas.

La experiencia nos enseña a idear y no solamente a aprehender las cosas, prueba a una las cosas y las figuraciones mismas (y justamente esa unidad es uno de los aspectos de la integración de que venimos hablando); a uno, la experiencia nos enseña lo que son las cosas y lo que son nuestras figuraciones de ellas.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre: Lo real y lo irreal*. Madrid: Alianza Editorial, 2005, p. 152-157]



«*Qué es experiencia*. Experiencia no es un concepto unívoco. Al hablar de experiencia generalmente se piensa en lo que se llama experiencia sensible. Y esto es sumamente equívoco, porque el vocablo tiene distintas significaciones, todas aceptables para el lenguaje, pero no idénticas como conceptualización, ni por lo que toca a “sensible”, ni por lo que toca a “experiencia”. ¿Qué se entiende por sensible?, pero sobre todo ¿qué se entiende por experiencia?

En un primer sentido suele entenderse, y muy generalmente, por experiencia la percepción, la *aísthesis*, esto es, el sentir, y por tanto las cualidades sentidas. En este sentido experiencia se opone a lo que sería aprehensión intelectual.

El llamado sensualismo entiende así filosóficamente que experiencia es percepción (externa o interna, poco importa). Hacer la experiencia de algo sería percibirlo. Pero esto es absolutamente inadmisibile. Si se me permite el vocablo, diré que “experiencia” no es sentir. Y esto de un modo radical. En primer lugar, el sentir no siente sólo las cualidades, sino que siente también que estas cualidades son reales.

Tenemos no sólo impresión del verde (en rigor es imposible tener solamente impresión de verde) sino que tenemos impresión de verde real. El sensualismo ha resbalado gravemente sobre este punto. Lo sentido en la experiencia no es sólo la cualidad sino también su formalidad de realidad. Por tanto, el sentir humano es intelectual puesto que aprehender algo como real es lo formalmente constitutivo de la intelección.

Pues bien, en segundo lugar, ni aun entendiendo el sentir como sentir intelectual es admisible identificar experiencia y sentir. Ciertamente sin sentir no hay experiencia, pero sentir no es formalmente experimentar. En el sentir, lo sentido es algo formalmente dado. Ahora bien, lo experimentado no es algo dado sino logrado. Logrado ciertamente sintiendo, pero logrado. Lo sensible no es sino experienciable, pero no es formalmente experimentado. El momento del logro es esencial en la experiencia. [...]

El logro que constituye la experiencia es un logro de profundización, no es el momento de mismidad retentiva. En esta profundización, la cosa que actualizada como realidad mundanal. [...]

Experiencia no es mero sentir lo real sino sentir lo real hacia lo profundo. Experiencia no es mera *empeiría*, ni es mera fijación retentiva de mismidad, sino fijación esbozante y física de realidad profunda. Experiencia como probación es la inserción de un esbozo de la realidad profunda.

He aquí la esencia del encuentro metódico con lo real: la experiencia. [...] Inteligir lo sentido como momento del mundo a través del "podría ser" esbozado: he aquí la esencia de la experiencia.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, p. 223 ss.



«La experiencia es el momento terminal del método. [...] No es un mero sentir, sino que es ese mismo sentir peor en cuanto en él se lleva a cabo la probación del "podría ser" *libremente construido*. [...] Esta experiencia así concebida es la que puede tener distintos modos de probación.»

[Zubiri, Xavier: *Inteligencia sentiente / Inteligencia y razón*. Madrid: Alianza Editorial, 1983, p. 242]

COMENTARIOS

«Si todos caminamos en la misma dirección, ¿cómo sabremos que no hay otra?» (Viñeta de *El Roto*, en *El País*, 16.05.06)



«Tratar de meterse en el mismo traje de siempre cuando se está en crecimiento es sencillamente imposible.» (Carlos Carnero)



«Es terrible saber, cuando el saber ya no le sirve de nada al que lo ha adquirido.» (Pier Paolo Pasolini)



«El método de la razón tiene un tercer paso, absolutamente imprescindible, la "experiencia". Es la vuelta a la realidad desde el esbozo, para ver si esta lo aprueba o reprueba. Zubiri define la experiencia como "probación física de realidad" (HD 95), de tal modo que en la experiencia los esbozos quedan aprobados o reprobados.

Esto se realiza por cuatro vías distintas, según el tipo de realidad de que se trate. En las realidades no humanas la experiencia toma forma de "experimento"; en las realidades personales la experiencia se logra por "compenetración"; en los entes matemáticos por "comprobación"; y, en fin,

la experiencia cursiva de la propia persona es lo que Zubiri llama "conformación".

Por haber esbozado a Dios como una realidad "personal", la experiencia de Dios no puede consistir en "experimento", ni en "comprobación", sino en "compeneración" y "conformación".»

[Gracia, Diego: *Voluntad de verdad. Para leer a Zubiri*. Madrid: Triacastela, 2007, p. 229]



«Todo esbozo presupone un sistema de referencia. Los ejemplos que pone Zubiri son de San Agustín y Rousseau. Para el primero el sistema de referencia es Dios y para el segundo la naturaleza. Caben muchos sistemas de referencia y todos ellos implican (más o menos directamente) y son a su vez objeto de una experiencia metafísica (teológica).

"Este sistema de referencia conduce a un esbozo de lo que yo soy en el fondo. Por ejemplo, el esbozo de una determinada vocación: ¿tengo o no tengo tal vocación? Para ello necesito probar la inserción de este esbozo en mi propia realidad. En última instancia no hay más que una probación física de esta inserción: tratar de conducirme íntimamente conforme a lo esbozado. Esta inserción puede ser positiva o negativa. La inserción es pues un intento de conformación de mí mismo según el esbozo de posibilidades que he llevado a cabo.

Conformación: he aquí el modo radical de experiencia de uno mismo, es la radical probación física de mi propia realidad. Conocerse a sí mismo es probarse en conformación. No hay un abstracto "conócete a ti mismo".

Solo puedo conocerme según tal o cual esbozo de mis propias posibilidades. Solo el esbozo de lo que yo "podría ser" insertado en mí como conformación es lo que constituye la forma de conocerse a sí mismo. Evidentemente, es una conformación en el orden de la actualización de mi propia realidad. Difícil operación este discernimiento de sí mismo. Es discernimiento en probación y en conformación" (IRA 256-257).

Gracias a la marcha de la razón en toda cultura y estrato social podemos hallar personas que realizan su vocación contra viento y marea y cuya forma de ser acaba siendo muy diferente de lo que podría esperarse por su origen y su medio.

Pero Zubiri a su vez es enormemente comprensivo con aquello que nos condiciona y determina. El hombre no puede jugar arbitrariamente con el abanico de factores que constituyen su forma de realidad ni con sus tendencias ni con sus posibilidades reales.

Aunque evidentemente en la noción de vocación zubiriana resuena Ortega, hay diferencias muy apreciables entre ambos: para Zubiri la vocación no emerge del fondo insobornable sino de la apertura a la realidad. El imperativo pindárico "llega a ser el que eres" cobra una mayor complejidad:

se ensancha el análisis y la importancia de la forma de realidad, de lo que nos viene dado, mientras se estrecha el momento de libertad y ésta siempre se conjuga con una determinada experiencia de mí mismo y una determinada "experiencia metafísica".

Desde la perspectiva zubiriana "Toda diversidad de los individuos en el curso de su vida, sus constitutivos sociales y su despliegue histórico a la altura de los tiempos, son una fabulosa, una gigantesca experiencia del poder de lo real" (HD 96).»

[Corominas Escudé, Jordi / Vicens Folgueira, Joan Albert: "Xavier Zubiri, amigo de la luz, maestro en la penumbra", en Antonio Pintor Ramos (Coord.): *Zubiri desde el siglo XXI*. Publicaciones Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, p. 75-76]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten